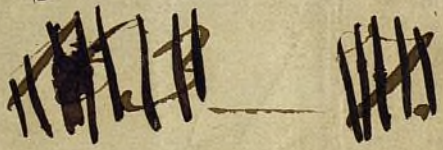
L.º 3. 1.a A. Nº 38
1

Antígona,

82

Tragedia.



Tea 1-82-1, A

1-82-1

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Antígona,

Tragedia en cinco actos

por

D.n Manuel Breton de los Herreros.

Tea 1-82-1-A

Año 1827.

Ayuntamiento de Madrid

Personages.

Antígona . . . Sª Dant.
Argía . . . Sª Samaniego.
Emon . . . Sr. Lana.
Creón . . . Sr. Noven.

Guardias.
Secuaces de Emón.

La escena es en el palacio de Tebas.

Ayuntamiento de Madrid

Acto primero.

Escena I.

Argía.

He aquí el término ansiado, triste Argía,
de tu rapido viage. — De los años
el grave peso á mi leal Menetes
seguir vedaba mis veloces pasos. —
Respiro al fin en la perfida Tebas. —
¿Quién el último vale, oh muro de Argos,
escuchaste de mi! — .... Nadie me ha visto.
La oscura noche su amigable manto
presta á la audacia que el amor me inspira. —
¡He aquí el horrible criminal palacio
cuna y sepulcro de mi amado esposo.
¡Ay Polinices mio! Aquí tu hermano
en tu sangre apagó la inicua saña.
Aun sin venganza en torno de estos átrios
gira tu sombra triste, y en Tebas
la paz esquiva del funéreo mármol
cabe al hermano atroz. Argos, me dice,
que en el destierro me ofreció su amparo;
Argos mi tumba sea. ¡Oh, nunca hubieras,
nunca tan dulce asilo abandonado! —

Ayuntamiento de Madrid

Ya mi sola ambicion son tus cenizas.
Tu fiel hermana á quien amaste tanto,
Antígona este plácido consuelo
puede ofrecer á mi dolor amargo.
¡Cual mi gozo será cuando la vea;
cuando la estreche en mis amantes brazos!
Sobre la urna yerta, á mi debida,
verteremos las dos copioso llanto;
y no la negará piadosa hermana
á la viuda infeliz.— Hijo adorado,
¡he aquí el don que te llevo! ¡Heaquí tu herencia!
¡La urna de tu padre!!!— ¿Pero incauto
donde el dolor me lleva? ¿Como olvido
que soy argiva y moro entre tebanos?—
Si á Antígona yo viera.... ¿Y donde, Cielos....?
¿Sola; sin conbocarla....— Siento pasos.—
¿Que diré infortunada? ¿Que artificio....
¿Me ocultaré.

Escena II.

Antígona.

Nadie me sigue. Vamos.—
¡Y que....! ¿Ya me estremezco? ¿El pie vacila?—
¿Porque? ¿de donde mi terror? ¿Acaso
al crimen corro yo?— ¿Temo la muerte?—
¡Ah! solo mi designio un tanto
temo yo no cumplir. ¡Oh Polinice!
Harto mis tristes ojos te lloraron.
Llegó el tiempo de obrar: ¡Cuanto me siento

Ayuntamiento de Madrid

superior á mi secso! Hoy por mi mano
la mal vedada pira arder te juro
á pesar de Creón; ó en holocausto
inmolarme á tus manes doloridos.—
¡Oh noche que debieras con espanto
sempiterna reynar sobre este suelo
indigno de la luz!, tu denso cáos
á los viles satélites me oculte
del vil usurpador. Númenes santos,
si jurado no habeis frustrar en Tebas
toda accion de piedad, ¡darme dignáos
vivir tan solo hasta cumplir la mia!
Dulce fraterno amor, tú mas que humano
valor me inspiras para la ardua empresa.—....
¿Mas quien me sigue? ¡Ay mísera! Algun lazo
Creón tendió...—Es muger.—Habla. ¿Quien eres?

Escena III.

Antígona y Argía.

Argía.

Una infeliz.

Antígona.

Oculta en estos átrios,
¿cual es tu intento?

Argía.

A Antígona... buscaba.

Antígona.

¿A que fin?—¿Tu quien eres, que temblando
con sollozos respondes? Di: ¿con ella
que tienes de comun?

Ayuntamiento de Madrid

Argía.

El duelo; el llanto;

la piedad.

Antígona.

¡Desdichada! ¿Cual acento
osa aquí, ¡en Tebas! proferir tu labio?
Aquí Creón impera: ¿tu lo ignoras?
¿Conoces á Creón?

Argía.

Despues de largo
penoso viage, aquí....

Antígona.

¿Y en este alcazar,
entre tinieblas, sola...! ¿como á tanto
se atreve una estrangera?

Argía.

¡Triste nombre!
si estrangera me llama este palacio,
culpa de Tebas fué.

Antígona.

¡Que oigo! ¿Tu cuna
cual ha sido? Responde.

Argía.

Nací en Argos.

Antígona.

¡Argos! ¡Fatal Ciudad! ¡Funesto origen
de mi dolor acerbo!

Argía.

¿Tan infausto
es para ti el recuerdo de mi patria?—
Del perdurable llanto en que me baño

Tebas fue la ocasion.

Antígona.

¡Ah! Si cupiera
en este corazon acongojado
otro dolor que el mio, á tu infortunio
lágrimas diera yo. Huérfome grato
tu historia oir; la mia recelarte.—
Mas harto haré en llorar el fin aciago
de un hermano querido....

Argía.

¡Ah! sí: tu eres.
¡Antígona!

Antígona.

¿Mas... tú....

Argía.

Oyo; no me engaño.—
Argía soy; la viuda mísera de
de Polínices; de tu caro hermano.

Antígona.

Cielos, ¡que escucho!

Argía.

¡Oh mi única esperanza!
Consuelo mio! ¡Hermana! Al fin te abraco.
¡No bien hablar te oí, de Polínices
me pareció sentir el eco blando.
Dióme aliento tu voz: oré mostrarme.—
¡Oh gozo! Al lloro que reprimo en vano
depósito de amor tu pecho sea.

Antígona.

¡Cuanto me haces temblar! Hija de Adrasto,
¡tu en poder del verdugo de mi sangre!

Ayuntamiento de Madrid

¡Tu en Tebas! — ¡Dulce encuentro inesperado,
y á la par doloroso!

Argía.

¿Así me acoges
dó me esperaste con fraterno alago,
compañera feliz!

Antígona.

Cuanto te amaba
Polinices lo supo. ¡Cual tu labio
pintandome tus cándidas virtudes
derramaba en mi pecho dulce encanto!
Ignoto me era solo tu semblante;
mas verte en Tebas nunca he deseado. —
Vuelve á tus lares la atrevida huella.
Huye. ¿no tiemblas? Huye del tirano.

Argía.

Murió mi esposo; ¿y quieres que yo tiemble?
¿Que mas puedo perder? ¿Que bien aguarde?
¿Abrazarte; y morir.

Antígona.

Aquí te amaga
muerte indigna de Argía.

Argía.

Si me es dado
morir sobre la tumba de mi esposo,
digna será.

Antígona.

¿Tumba? ¡Oh dolor! En vano
triste polvo que cubra su cadaver
del impío Creon he mendigado.

Ayuntamiento de Madrid

¡Tal suerte cabe en su palacio mismo
á un Rey; á un héroe; al sucesor de Layo!

Argia.

¡Su cuerpo, Cielos....

Antígona.

Insepulto yace
de horribles fieras lamentable pasto.

Argia.

Vuelo....

Antígona.

Deten el pie. Naturaleza;
leyes; los mismos númenes sagrados;
todo el feroz Creon, todo lo ultraja
de su alevosa usurpacion ufano.
Quien ose dar sepulcro á los argivos
á barbaro suplicio es condenado.

Argia.

Presa mi amado de voraces fieras?
¡Que horror! — ¿Y le abandonas en el campo?
¡Ah! Despues que el sacrílego Etcocles
hundió en su corazon el hierro insano
de tal crimen testigo el sol injusto
seis veces dió su luz á los tebanos.
¡Y en el paterno hogar á sus reliquias
se niega aún el funeral descanso!
¡Y una madre lo sufre!!!

Antígona.

Aún tu no sabes
todas mis desventuras. Consumado
apenas el horrendo fratricidio,

Ayuntamiento de Madrid

Jocasta no lloró, ni el viento vago
poblar la vi de fúnebres lamentos.
Enfutos, fijos sobre el duro mármol
los inmóviles ojos; al abismo,
en son tremendo y lúgubre, de Layo
y de sus hijos evocó las sombras,
y ante su faz doliente largo espacio
se las mostró la ardiente fantasía.
No sin pena del hórrido letargo
vuelve por fin, y en torno reconoce
á su hija desolada sollozando
y á sus matronas. A morir resuelta,
su funesto designio calla el labio,
y tranquila se finge.—¡Ay desdichada;
incauta!—Me engañó.—De un sueño blando
al cielo pide el bienhechor alivio:
y la creo: y, no bien nos separamos,
de Polinices al caliente seno
presurosa el puñal arrebatando,
en el suyo le clava, y muerta cáe.—
El mismo hierro hasta el eterno lago
á mi, de impura sangre último resto,
debió la senda abrir. Ciego y anciano
á piedad me movió mi triste suerte;
y conservé por el, mal de mi grado,
la aborrecida luz.

Argía.

¡Ah! Sobre el solo
la pena de su crimen execrando

Ayuntamiento de Madrid

debió caer. ¡Oh Jove! Edipo alienta;
¿y Polinices muere!

Antigona.

El desgraciado
es padre mio;—es padre de tu esposo.
¡Si tu le hubieras visto, Argia! ¡Cuanto
mayor su pena que su culpa ha sido!
Ciego, indigente, lastimoso blanco
de la celeste cólera implacable,
vió Tebas al que fué su soberano
desterrado salir de sus murallas.
¡Mísero! Errante en estrangeros campos
oirá pronunciar el nombre suyo
del bárbaro opresor, al pueblo ingrato,
á todos colmará de imprecaciones.—
A sostener su vacilante paso
filial ternura reservó mi diestra;
mas de los brazos ¡ay! me le arrancaron.—
Tal fué quizá la voluntad del Cielo;
que la inaudita ley dictó el tirano
de negar á los muertos sepultura
apenas se alejó mi padre amado.
¿Quien, sino yo, á violarla se atreviera?

Argia.

¿Quien, sino yo, tu cómplice? No en vano
aquí me trajo el Cielo. Las cenizas
vine á pedirte de mi esposo caro.—
Volverle áver, ¡oh dicha!, no esperaba;
y abrazarte otra vez; y con mi llanto

Ayuntamiento de Madrid

lavar la horrible llaga; y con la pira
apaciguar sus manes. — ¿Que esperamos?
Ven: la primera yo....

Antígona.

Santa es la empresa;
mas la vida peligra. A mi regazo
Edipo arrebatado, ya la muerte
es mi deber y mi único conato.
Tu, que morir no debes, á mi sola
concedeme encender el fuego sacro
que con mi hermano amado me reciba.
Sola un alma en dos cuerpos albergamos:
muertos sola una llama nos consuma
y el mismo polvo nos sepulte á entrambos.

Argía.

¿Yo debo perecer? ¿Que has dicho? ¿Piensas
vencerme en el dolor? ¡Ah! no. En amarte
iguales fuimos, — ó mayor Argía;
que nunca amor de hermana fue tan alto
como el amor conyugal.

Antígona.

De la ternura
no te disputo, Argía, el dulce lauro;
el de la muerte sí. Viuda de un héroe,
no te me oculta tu mortal quebranto;
mas no eres hija tu de torpe incesto;
vive tu madre; ciego, desterrado
á tu padre no tienes, y mendigo,
y por do quier el crimen arrastrando;

Ayuntamiento de Madrid

hermanos no te dió sañudo el cielo
que en la sangre uno de otro se bañaron.—
No te ofendas. Morir quiero yo sola:
yo que antes de gozar del sol los rayos
digna de muerte fuí. Vuelve, te ruego,
á tus hogares vuelve: ¿Has olvidado
que allí te espera la alagüena imagen
del consorte querido; de tu casto,
de tu inefable amor única prenda?
Vuelve á tu padre, que de tí le falta
sin consuelo estará. Parte: aún es tiempo.
Al triste funerál yo sola basto.

Argía.

¿Huir de Tebas yo, donde se debe
morir por Polinices?! Tal agravio
no merezco de tí. Mal me conoces.
Mi padre al hijo tierno que idolatro
de padre servirá. Yo al muerto solo
le pudiera morir; y el fuerte Adrasto
al valor, á la gloria, á la venganza.—
¡Ah! de mi esposo al cuerpo ensangrentado
no hay temor que me arranque, no. Su hoguera
no sufriré que encienda otras manos.

Antígona.

¿Librar tu cuello á la segur no temes?

Argía.

¿Está la infamia en el castigo acaso?
No: en el delito está. Si nos condena,
solo el usurpador será infamado.
Horror el mundo sentirá á su nombre
y al nuestro compasion.

Antígona.

¿Honor tan alto

quieres robarme?

Argia.

¿Y tú con que derecho
me le usurpas á mi? ¡Tu, que nadando
viste en su propia sangre á Polinices;
y respiras aún!

Antígona.

Ahora te llamo
con mas placer que nunca hermana mia.
No puse en duda tu dolor amargo;
tu esfuerzo si.

Argia.

¿Y á quien no dá ardimiento,
Antigona, el dolor desesperado?
¡Oh Dioses! ¿Yo, como muger del vulgo,
yo, que indigna no he sido de tu hermano,
temblaría al aspecto de la muerte?

Antígona.

Perdoname, te ruego. Yo te amo.
Tiemblo por ti; me duele tu destino;
mas si á pesar de mi fatál presagio
seguirme quieres, ven. ¡Con la progenie
no te confundan sin piedad los hados
del triste Edipo. — Oscura es á mis ojos
la noche cual jamas. La atenebraron
á los ruegos de Antigona los dioses. —
¡Guardate de soltar la rienda al llanto;

Ayuntamiento de Madrid

no nos haga traicion! ¡Guardate Argía!;
que velan incesantes en el campo
de Creon los satelites infames.
La llama sola anuncie nuestro arcano,
devoradora del cadaver frio.

Argía.

No lloraré. — ... ¿Y serás... de esfuerzo tanto....
tú capaz?

Antigona.

En silencio lloraremos.

Argía.

¿Sabes tu donde yace el cuerpo amado?

Antígona.

Si. — Ven. Herido allí nos dará lumbre
el duro pedernal con que encendamos
lúgubres teas que conmigo llevo.

Argía.

¡Ah...!

Antígona.

¡Silencio; y valor! Sigue mis pasos.

Ayuntamiento de Madrid

Acto segundo.

Escena I.

Emón y Creon.

¿Por que turbar con tu aflicion mi gozo?
¿Mi frente ciñe la real diadema
que tu herencia será. ¿Dueleste acaso
de Edipo y de su infame descendencia?

Emón.

Quien, oh padre, de Edipo y de su estirpe
¿no llora el infortunio? ¡Ah! Si condenas
cual crimen la piedad, el alto trono
tan lisongero á tu ambicion funesta
miraré con horror. Tú mismo un dia
quizá de haberle ansiado te arrepientas.

Creon.

Si cabe algun pesar en este pecho,
solo del largo tiempo lo sintiera
que á los hijos de Edipo obedecia,
escándalo y oprobio de la Grecia.
Mas sempiterno olvido los sepulte,
que purgaron con muerte aun mas horrenda
su horrendo nacimiento. El sol mas puro

Ayuntamiento de Madrid

después de su exterminio luce en Tebas;
y, aplacados los números del cielo,
días de más contento nos esperan.

Emón.

Entre la sangre y la opresión indigna
de tus primeros deudos ¿tú alimentas
otra esperanza que el dolor? Edipo
rey de Tebas,— rey tuyo, aunque le ofendas,
que por ti desterrado, errante, ciego,
moriría en el dolor y la indigencia;
sus dos hijos que ardiendo en mutua saña
en la fraterna sangre ambos se ceban;
hijos fatales de incestuosa madre,
hermana tuya, que en sus propias venas
hundió después el hierro fratricida.— ....
¡Cadena atroz de crímenes! La sonda
tal fue; tales, oh padre, los auspicios
que al sólio te elevaron donde imperas.
¿Y abrir puedes al pébilo tu seno?

Creon.

Sólo Edipo la cólera tremenda
del cielo provocó sobre nosotros.
Fue en deber su destierro.— ¡Ah! No recuerdes
toda la sangre, Emón, por él vertida.
¡Oh Edipo, que de lágrimas me cuestas!
Tu hermano, el generoso Menecéo
víctima fue del impostor Tiresias.
Creyó sus engañosos vaticinios,
y se inmoló por la salud de Tebas.

Ayuntamiento de Madrid

¡Aun vive Edipo; y cubre á Menecéo,
á un hijo de Creon, la tumba yerta!
Débil venganza ha sido desterrarle
á nunca mas tornar de estas riberas
que supié criminal contaminaba;
mas lleve á otras regiones su miseria,
y la terrible maldicion del cielo
que arrastra con la vida por do quiera.
Del llanto inútil terminemos pongamos,
pues la fortuna, un dia tan adversa,
propicia nos sonrie.

Emon.

Un daño tuyo
teme no gire su voluble rueda.
Teme del cielo la justicia santa.
La ley por ti dictada que álas fieras
sombras de los argivos insepultos
surcar las ondas de Aqueronte veda
clama al Olimpo sin cesar venganza.
Nació del seno de tu hermana misma
el fuerte Polinices; y aun desnudo
yace en el campo. Un religioso hoguera
sufre á lo menos que cubra su cadaver.
Este don solo tu piedad conceda
á la infeliz Antigona, que ha visto
la asolacion de su familia entera.

Creon.

Del par de sus hermanos detestables
hija de incesto; hija de Edipo es ella.

Ayuntamiento de Madrid

Emon.

Al par de sus hermanos, no lo ignoras,
derecho tiene á la corona régia.
En cambio un cuerpo ecsanime reclama:
daselo.— .... Creon.
Es mi enemiga.
Emon.
No lo creas.
Creon.
Ama á su padre; amaba á Polinices:
á Creon es forzoso que aborrezca.
Emon
¡Oh dioses! ¿En mas precio la tendrías
si á un padre y á un hermano aborreciera?
Creon.
+ Menor fuera el horror con que la miro;
menor mi riesgo.— Debe el que gobierna
enemigo estimar al agraviado.
Aunque Antigona culpe mi fiereza
cauto fui en separarla de su padre.
Ambos unidos encontrar pudieran
un rey que velo á su ambicion hiciese
de mentida piedad, y cruda guerra
trasese, cual Abrasto, á nuestros muros.—
Hijo mio, á esa ley que tu condenas
alta razon me obliga que aun ignoras.
Tu la sabrás; y, aunque inhumana sea,
verás que á mi quietud era precisa.
Emon.
¿Ignoro la razon? Tu sin prudencia

embriagado de ilusa confianza
sus fatales efectos no penetras.
Antígona tan cara á los tebanos,
aun sin pedirla con dolientes quejas,
aquí puedes encontrar venganza cruda.
Murmura el pueblo de tu ley sangrienta;
y grato le será verla violada.

Creon.

¿Y que otra cosa mi rencor desea?
Repruébenla en buen hora los tebanos
como el primero que la infrinja muera.

Emon.

¿Que feroz enemigo en daño tuyo
tan bárbaro designio te aconseja?

Creon.

El paternal amor. De cuanto ilusa
tu culpable piedad hoy vitupera
el fruto será tuyo. Acostumbrada
á ver mayores crímenes en Tebas,
¿que hará sino callar la vil plebe;
callar y obedecer?

Emon.

¡Ay; que se encierra
tal vez en el silencio atroz venganza!

Creon.

En el de pocos sí; ¿mas que se alberga
en el de la abatida muchedumbre
sino terror y pena? ¡Ah! cesa
de oponerte á mis miras paternales.

Por ti solo me es grata la existencia.
Tu solo, Caro Emon, de mis fatigas
un dia gozarás. ¿Acaso intentas
ser ingrato á tu padre antes de tiempo?—
Mas que estrépito de armas y cadenas....
¿
Emon.
Entre hierros dos mísenas mugeres....
¡Cielos! ¿Que miro? Antigona es aquella.
Creon.
Cayó en mi red la incauta. ¿Del suplicio
quien podrá libertarla?

Escena II.

Antígona, Argia, Emon, Creon, y Guardias con antorchas.

Creon.
¿Estas doncellas,
soldados, que delito cometieron?
Antigona.
Yo lo cometí yo misma.
Creon.
A mi presencia
hacedlas acercar.
Antígona
Yo he quebrantado
la inicua ley, asombro de la tierra,
al cuerpo helado de mi hermano ardiendo
la llama fúnebre.
Creon.
La recompensa
yo te daré de tu piedad insigne.—
Mas tú, á quien no conozco y estrangeras
vestiduras adornan, ¿tú quien eres?

Argia.
Emula soy de su virtud escelsa.
Emon.
Calma, oh padre, tu ira. Fulminarla
sobre mugeres debiles en mengua
sería de Creon.
Creon.
¿Ira? Las oigo
imperturbable juez. Tú la sentencia
de muerte dura confesando el crimen
has pronunciado ya. — Tú me revela
tu nombre y la region donde has nacido;
y ambas sufrid la merecida pena.
Antígona.
Mio el delito fué. Sobre mi sola
de tus verdugos la seguir descienda;
no sobre esta infeliz. La hallé en el campo,
dó en torpe sueño la venal caterva
de tus viles satélites yacia;
que así del alto cielo la clemencia
por mi bien lo ordenó. De Colonices
yo señalé guiando á la estrangera
el ultrajado cuerpo; y compasiva
debil ausilio me prestó. Quien sea,
lo ignoro. Acaso en Argos ha nacido.
Alguno de los suyos en la arena
pálido yace y á abrazarle viene;
no á quebrantar cual yo tu ley cruenta.
Argia.
Ahora sí que no digna me haría

de muerte vil, de execracion eterna
si obra tan santa por temor negase.
Oye mi nombre, pérfida; y celebra,
canta tu triunfo.

Antigona.

¡Oh cielo! Sella el labio.—...

Argia.

Dulce será mi muerte á tu fiereza.
Soy la hija de Adrasto; soy Argía;
de Edípicas soy la esposa tierna.

Emon.

¡Que escucho!

Creon.

¡Oh digno par! El justo cielo
que hoy en mis manos á las dos entrega
ministro me eligió de su venganza.—
Mas de tu breve amor, esposa tierna,
¿donde has dejado el delicioso fruto?
El trono que yo ocupo es ya su herencia.
Tebas le aguarda; que del gran Edipo
tambien corre la sangre por sus venas.

Emon.

¡Me estremezco de horror! Tú que la tumba
viste de un hijo abrir, ¿tú te deleitas
el maternal conflicto exacerbando?
Una al hermano llora; otra lamenta
la muerte del esposo que adoraba;
¿y te atreves, cruel, á escarnecerlas!

Antigona.

¡Oh tú, no digno hijo de tal padre!

Ayuntamiento de Madrid

Con tus ruegos, Emón, no me envilezcas.
Ser condenada por Creon á muerte
es honor; es señál de alma inocencia.

Creon.

Poco me ofende tu impotente rabia.
En buen hora la muerte menosprecia
si en el suplicio fenecer te veo.

Argia.

¡Ah! Solo en mi tu encono se convierta.
De noche entré yo sola en el palacio,
y á atropellar tu ley vine resuelta.
No negaré que Antigona mostraba
de rencor ponzoñoso el alma llena.
Revolvia en su mente mil designios,
mas sufria en silencio; y nunca hubiera,
nunca sin mi tus ordenes violado.
Yo la insté....

Antigona.

No dés credito á su lengua;
que inoportuna compasion la mueve.
Sola entró aqui, es verdad, y entre tinieblas;
mas ignoraba el bárbaro decreto.
De amargo duelo y de terror cubierta
á recibir venia de mi mano
la urna de su amor; que horrible presa
no le juzgaba de rapaces brutos.
El corazon de Argia te detesta:
¿y quien no te aborrece?; mas al odio
superaba el temor. De tu presencia

Ayuntamiento de Madrid

libertarse pensó; y á las cenizas
de su adorado bien tumba soberbia
alzar en sus pacíficos hogares.
No así yo, á quien tu cólera no amedrenta;
y compareszo impávida á tus ojos;
y orgullosa bendigo mis cadenas.
Yo, ¡monstruo! mas que Argía te abomino;
yo de mi indignacion la llama eterna,
yo mi furor comuniqué á su alma;
mio fue el crimen; y la rabia inmensa
con que ahora te ultraja y te maldice
yo sola inspiro; yo.

Creon.

Cual mas proterva
de entrambas sea contended en vano.
Muy presto entre las dos nueva contienda
hará nacer de lágrimas y ruegos
la ignominiosa muerte que os espera.

Emon.

¡Ignominiosa muerte! ¡Ah! ¿Que pronuncias?
No; no será. — Si á la piedad se cierra
tu inexorable corazon, al menos
á tu propio interés la saña ceda.
Hija es de Adrasto Argía; de esforzado
príncipe poderoso. Ya su diestra
ante sus muros fulminó el acero;
y tornará á igualarlos con la tierra.

Creon.

Muera hoy Argía; y luego, no á salvarla;

Ayuntamiento de Madrid

á vengar su exterminio Adrasto vuelva.
¡Que! ¿desarmar mi cólera podría
el infame temor?

Argía.

No; no le temas.
Invadir tus estados iracundo
los enemigos ímpetus le niegan.
De hombres exausto, de tesoro y armas,
mal vengarme podrá. Mi muerte ordena;
que larga impunidad te ofrece Adrasto.
Mas la vida de Antígona respeta
si amas la tuya. Horrorizado el pueblo,
harto de tu impiedad y de su afrenta,
se alzará contra ti.

Antígona

¡Que mal conoces
el alma de Creon! No acaso en ella
se anida la crueldad. Deverte salva
ya la dulce esperanza me consuela.
A su odio, á su ambicion basta mi sangre.
Sed ansiosa de trono le atormenta:
tu no le tienes. Por derecho infausto
ese que usurpa es mio: soy su reyna;
y solo á mi por víctima señala.

Creon.

¡Reyna, ¡que horror!, de Layo la diadema?
Hijos de inmundo talamo execrando,
derecho solo á maldicion perpetua
naturaleza os dió, y á muerte infame.

Ayuntamiento de Madrid

Ya tus hermanos horrorosa muestra
de su destino al universo dieron
cuando, instigados por la atroz Megera,
uno de otro asesino aquí expiraron.

Antígona.

De la discordia fraternal la tea
tu encendiste, cruel. Si haber nacido
en incestuoso lecho es culpa nuestra,
harto castigo fué nacer tus deudos.
Luego al fuego añadiendo, tu sin tregua
la indignacion de entrambos fomentabas,
falaz ministro de nefanda guerra.
Movil del uno, adulador del otro,
traidor fuiste á los dos; y así la senda
del trono y de la infamia te allanaste.

Emon.

¡Oh! Pon un freno, Antígona, á tu lengua.
¿Amas tu perdicion?

Antígona.

Una vez sola
oiga el tirano la verdad austera;
que no osará decirsela ninguno
de cuantos en el trono le rodean.—
Si el vil silencio impuesto á los Tebanos
pudieras imponer á tu conciencia,
¡oh cual entonces tu placer seria!
Pero odioso á ti mismo aun mas que á Tebas,
en el mirar inquieto y zozobroso
grabado está tu crimen..... y tu pena.

Ayuntamiento de Madrid

Creon.

No eran forzosas, no, traiciones mias,
hijas del crimen, á la muerte vuestra;
que á porfia los dioses la anelaban.

Antígona.

¡Los Dioses! -Tu los nombras, y no tiemblas?
¡Impío! El interés solo es tu número.
Por el inmolaria tu vileza,
no digo á los amigos y á los hijos;
sino hasta el propio honor..., si le tuvieras.

Creon.

Has dicho ya bastante? — Cada número
al hombre pide víctima diversa.
Tu, desde el nacimiento consagrada
á las furias del Orco, digna ofrenda
de su altar morirás.

Emón.

Suspende, oh padre,
por breve tiempo la feral sentencia. —
Graves arcanos revelarte debo.

Creon.

Algunas horas de la noche restan,
por ella profanada. Hasta que nazca
el nuevo sol su muerte se suspenda.
Te escucharé entretanto.

Argía.

¡Hy! De ella sola
hablas ahora? La seguir me hiera
con mi querida Antígona.

Creon.

Soldados,

Ayuntamiento de Madrid

en estrecha prision, lóbrega, horrenda
sepúltense las dos.

Argía.

Al fin contigo....

Antígona.

¡Ah! sí. Este gozo....

Creon.

Separadas sean. —
Venga conmigo Antígona. Custodio
yo debo ser de tan sublime prenda. —
Responded me de Argía.

Emon.

¡Un cielo!

Antígona.

Vamos.

Argía.

¡Oh triste!

Emon.

Al menos seguiré su huella.

Ayuntamiento de Madrid

Acto tercero.

Escena I.

Emón y Creon.

Creon.

Presto estoy á escucharte. Ha pocas horas
importante secreto me anunciabas:
otro no menos grave el labio mio
te puede revelar. ¿Que esperas? Habla.

Emón.

A ti vengo afligido y suplicante.
El ímpetu primero de tu saña
no he debido arrostrar. Hora que acaso
ya la razon severa te desarma
en nombre de ese pueblo y de los dioses
á piedad te conmueven mis plegarias.
¿La negarás á un hijo? Dos mugeres
movidas del amor tu ley quebrantan.
¿Mas quien tan dura ley no violaria?

Creon.

¿Quien mas que el infractor vengarme osára;
quien, sino tu?

Emon.

No digna de la muerte
juzga tu corazon obra tan santa.
No cabe en ti; ni cabe en pecho humano
tanta ferocidad

untamiento de Madrid

Creon.

La negra fama
me den á su placer Tebas y un lustro
de bárbaro y fiera. A mí me basta
ser justo; y tal me creo. Deben todos
obedecer las leyes soberanas,
cualesquiera que sean. Solo al cielo
responde de sus obras un monarca;
y ni la edad, ni el sexo, ni la cuna
la inobediencia á disculpar alcanzan.—
Emón, la impunidad de un solo crímen
siempre á mayores crímenes arrastra.

Emon.

Al promulgar tu ley creiste acaso
que las primeras fuesen á violarla
Antígona y Argia? ¿Superiores
tanto á su sexo débil las juzgabas?

Creon.

Óyeme: nada reservarte quiero.
Ó bien ignoras la secreta causa
que á impiedad aparente me movía,
ó bien finjas, Emon, no penetrarla;
resuelve al fin decírtela mi labio.
Yo creía.... ¿Que digo? Yo anelaba
que la primera á mi poder rebelde
fuese Antígona sola. Mi esperanza
cumplida ya, esa ley que la condena
me es inútil. Consiento en desgarrarla.

Emon.

¡Oh atrocidad! ¿Y tú, tú eres mi padre?

Ayuntamiento de Madrid

¡Alma naturaleza! ¿así te ultrajan?!

Creon.

¡Ingrato! Soy tu padre; y padre tierno,
pues perdono á tu lengua esas palabras
que la inesperta juventud te inspira.
¡Ah! Si me juzga criminál tu audacia,
por ti lo soy.

Emon.

¡Oh trono! ¡Infausto trono!,
no serás mio á precio de la infamia.

Creon.

Reyno yo en el alma. Si menosprecias
la autoridad de un padre sacrosanta,
acuerdate que soy tu soberano.

Emon.

Perdona. — ¡Ay infelice! Torpe mancha
imprimirás á tu nombre; y nunca el fruto
recogerás de tu alevosa trama.
No sofoques el eco de la sangre,
tú que filial amor de mi reclamas.
Ya la ciudad por la noble Antigona
en compasivas lagrimas se baña;
ya es público tal vez tu negro dolo;
mil aceros tal vez ya te amenazan.

Creon.

¿Quien por la inmunda hija de un Edipo
osará contra mi blandir las armas
provocando la cólera divina?
Será mi voluntad unica valla
de mi poder supremo. ¿Tu pretendes

Ayuntamiento de Madrid

enseñarme á reynar? Pronto en el alma
enmudecer haré de los Tebanos
esa inutil piedad que tanto ensalzas,
y todo afecto que el terror no sea.

Emon.

¡Justo cielo! ¿Mis súplicas son vanas?
¿En vano te esperaba compasivo?

Creon.

En vano: si.

Emon.

Porque la pira santa
ardieron á un esposo y á un hermano,
¿las que nacieron de real prosápia
en vil suplicio verterán su sangre?

Creon.

Sola una muerte mi furor aplaca.—
Quizá seré piadoso con Argía.

Emon.

¿Porque mi cuello dividir no mandas
si es forzoso que Antígona fenezca?
Sábelo: yo la adoro; y esta llama,
pura como su objeto, inestinguible
con mi vida creció desde la infancia.
No de mis brazos arrancarla esperes
si el corazon primero no me arrancas.

Creon.

Hijo inicuo, ¿así amas á tu padre?

Emon.

Mi pecho al par de Antígona te ama:
el cielo me es testigo.

Ayuntamiento de Madrid

Creon.

¡Ay! En mi seno
mortal cuchillo tus acentos clavan.
¡Fatal amor á mi reposo, al tuyo,
á la gloria de entrambos! ¡Nunca osáras
depositar en mi tu horrible arcano!
Nada en el orbe, bien lo sabes, nada
me es caro como tu. Mi solo crimen
es amarte sin fin: ¡y así me pagas!
¡Y defensor de Antígona te nombras!
¡Y tu amor, tu existencia la consagras!
¡Desnaturalizado! ¿Como olvidas
que me aborrece; que jamas se sacia
su lengua de injuriarme; y que en su pecho
sed de torno alimenta y de venganza?

Lmon.

No ambiciona el imperio: te lo juro.
Tu si mas que la vida, tu le ansias
y de todo sentimiento generoso
la soberbia ambicion cierra tu alma.
Así de un puro amor el fuego activo
que apenas en el tumulto se apaga
jamas sentiste; — mi sentirlo puedes. —
Antes que tu enemiga la juzgaras
amante fui de Antígona. No estuvo
en mi arbitrio despues dejar de amarla.
Callar pude: callé; y hubiera sido
eterno mi silencio si tu rabia
no me forzase á hablar. — ¡Una princesa,

Ayuntamiento de Madrid

Antigona, la hija de tu hermana
por ti al verdugo vil doblar su cuello!
¿Y Emon sufrirlo! ¡Emon que la idolatra!
¡Ah! si menos sobervio y fascinado
pudieras verla, en medio á la desgracia
á par de Emon su corazon heroico,
sus virtudes sublimes admirárais.
¿Quien de Eteocles bajo el crudo imperio
amigo y defensor en este alcazar
fuera de Polinices, sino ella?
¿Quien, sino ella, veneró las canas
del ciego padre, y lágrimas piadosas
en su seno vertió? Quien á Jocasta,
que hermano tierno le creyera un dia,
en su dolor inmenso consolaba?
¿Quien? Antigona sola. Hija de Edipo;
hija de incesto tu rencor la llama.
Y que, ¿no es ya reparacion bastante
de ageno crimen su virtud innata?
Ambicion de reynar no la domina;
á jurartelo acuerdo. ¡Y cual te engañas
si á costa suya coronarme intentas!
Antes tu oprobio y mi esterminio labras.

Creon.

¿Ella te ama?

Emon.

¡Ah! no; mi amarme puede.
A mi tierna pasion ninguna iguala;
mas si no me detesta y me maldice,
basta á mi corazon y al suyo basta.

Ayuntamiento de Madrid

Creon

Di: ¿piensas que tu mano aceptaria?

Emon.

~~Virgen~~ Persona real Deidad á quien la muerte insana
á vn tiempo arrebató madre y hermanos,
y llora ausentes en estrangeras playas
á su padre infelice ¿de Himeneo
como encender la antorcha veneranda?
¿Como enlazarse á mi? — ¿Como pudiera,
hijo yo de Creon, de quien la vltraja,
de quien la sume en horfandad y luto,
estenderla mi diestra ante las aras?

Creon.

Atrévete á ofrecersela; y á vn tiempo
la vida y la corona la afianzas.

Emon.

No. La conozco bien. Creció en el llanto,
y hoy mas que nunca en lágrimas amargas
se anega la infeliz. Menos adversa
quizá algun dia á mi ternura nazca,
menos fatal aurora. Entonces....

Creon.

¿Quieres
que del tiempo abandone á la inconstancia
tu destino y el mio? No lo creas. —
Guardias, ante mis ojos sin tardanza
Antígona parezca. Con derecho
pudiera darle yo muerte inhumana;
que harto es digna de muerte, y el partido
mas vtil para mi fuera inmolarla. —
Mas por tu bien conservaré su vida
si en perpetua coyunda á ti se enlaza.

Ayuntamiento de Madrid

no es la eleccion dudosa entre la muerte
y el alto nudo que hasta mí la ecsalta.

Emon.

¿Dudosa? ¡Ah! no; que elegirá el suplicio.

Creon.

Que le aborrece.

Emon.

Su crueldad no es tanta;
pero á los suyos ama, y....

Creon.

Ya te entiendo.
¿Quieres á mi despecho darla salva
para que luego clave rencorosa
el acero mortal en mis entrañas?
¡Tanto te atreves á ecsijir de un padre!

Escena II.

Antígona, Emon, Creon
y Guardias.

Creon.

Acércate. — En favor de quien le agravia
harto aplacado á tu señor encuentras.
No porque yo tu culpa temeraria
menos digna reputo de la muerte.
Me mueve á mitigar mi ardiente saña
mas que amor de lo justo amor de padre.
Para tí el hijo mio pide gracia;
y no la negaré, si tu consientes....

Antígona.

¿En que?

Creon.

En darte á mi vista de su alcoba
el merecido galardon: — tu mano.

Emon.

Antígona, perdona. De tan alta

ventura indigno soy. Jamas mi lengua
ella pidió. Los hierros que te infaman
romper quiero —; y no mas.

Creon.

Yo.... perdonarte.

Antígona.

¿Perdon me ofreces tú? ¡Cuanto mas grata
la muerte me será que para siempre
de tu horrorosa vista me separa! —
Pide mi muerte, Emon; y prueba insigne
de tu amor me darás; que para mi alma
la dádiva mejor de los tiranos
es la muerte.

Creon.

¿A tus iras, temeraria,
no pondrás fin? Te absuelva, ó te condene;
nunca conmigo de lenguaje cambias?

Antígona.

¿Contigo yo? ¡Jamas! Fuera mas facil
cambiar el alma tu.

Emon.

Tu enojo calma;
que es padre mio al fin; y tus injurias
mi corazon oprimen despedazan.

Antígona.

Unico timbre suyo es ser tu padre:
ser hijo de Creon tu sola mancha.

Creon.

¡Guarda mi compasion no desparezca
como fugaz relámpago en el aura!
Vete, pues eres ya. No necesitas
provocar con baldones mi venganza.

Antígona.

Mi crimen es el trono que me usurpas;

mas no se humilla Antigona á tus plantas
para pedirte del cetro mi la vida.
¡Ay! Aquel dia de memoria infausta
que sin piedad el padre me arrancaste,
despojado del solio y de la patria,
yo te hubiera con lágrimas pedido
la muerte, único término á mis ansias;
ó mi diestra la hubiera acelerado;
mas dar pena al hermano me vedaba.
Ya cumplido tan santo ministerio,
de Tebas en las horridas murallas
nada me mueve á apetecer la vida.
Quieres que me resigne á conservarla?
Corro á volver á mis amantes brazos.

Creon.

Yo, que puedo humillarte como esclava,
te ofrezco la diadema y un esposo
que no nació de criminal progenie;
á quien tu no aborreces; — á quien debo
menos amor que tú.

Antigona

Si no mas cara,
Emon, tan solo Emon, pudiera hacerme
mas tolerable la existencia amarga,
si de otro que de ti nacido hubiera.
Yo llamarte mi padre? Union infanda,
á los hombres y al cielo abominable!
Sombras de Polinices y Yocasta,
ya os oigo desde el Tártaro profundo
gritar sañudas "¡Maldicion! ¡Venganza!"

Ayuntamiento de Madrid

¡Ah! no. ¡Jamas!

Creon.

Bien dices. La coyunda
fuera á tus ojos demasiado casta.
¡Que algun hijo de Edipo no respire!
El, la gloria heredando de su raza,
el solo fuera digno de tu mano.

Antígona.

Tal vez con altos hechos se repara
la afrenta de la cuna. Hija de Edipo
es nombre horrible; sí, por mi desgracia;
mas ser tu nuera es crimen sin disculpa;
borron odioso que jamás se lava.

Emon.

Vana fué mi esperanza; que con sangre,
solo con sangre, impios, vuestra rabia
puede apagarse. ¡Ah! derramad la mia.
Benéfico Junal mis venas abra.—
¿Arrebatas tu de Antígona la muerte?
Deja que la merezca cuando caiga
víctima yo de su furor sangriento.—
¿Y tu contra mi padre usado te abrazas
de venganza cruel? Mi pecho rompe.
Su infortunio sobre mi descarga,
y mas que Edipo mísero le haces.
No le insultes; y huye.

Creon.

Aun la esperanza
no debemos perder; que habla en su labio
mas que el dolor la cólera insensata.—

oye: en tu mano pongo tu destino.
De ti pende esa Argia malhadada
á quien salvar no ha mucho dela muerte
á costa de tu sangre deseabas.
del generoso Emón árbitra quedas
por quien quizá de amor tu pecho árda;
y árbitra de Creon á quien acaso
con injusto rencor eres ingrata.—
Tuyo es el dia que á lucir comienza.
No bien la noche tenderá sus alas
elegirás vnirte al hijo mio,
ó doblar al cuchillo tu garganta.

Escena III.

Antigona, Emón y Guardias.

Antigona.

¿Porque su hijo naciste; ó porque al menos
no semejarte á el?!

Emon.

oye: la Parca
quizá de mi ecsistencia aborrecida
ya el suspirado término adelanta.
Veráz y libre te hablará mi labio
que el aspecto de un padre encadenaba.
Mi corazon aplaude tu repulsa
y hasta el fiero rencor que la acompaña.
¿Yo ofrecerte mi mano? ¡Yo! Primero
consumida la vea en lenta llama.
+ Menos digna la juzgo dela tuya
que tu misma tal vez.— Si te idolatra
mi pecho, harto lo sabes: si te admiro;

Ayuntamiento de Madrid

si es de ti digno el fuego que me abrasa,
tu lo sabrás, Antígona; y en breve.
Mas ¡oh inclemencia de mi suerte aciaga!
no basta mi asistencia á libertarte.
¡Oh si Emon á lo menos le alcanzara
muerte no infame; pues morir anelas!

Antígona.

¡Ah! ¡cuanto mas infame en este alcazar
mi madre y mis hermanos la sufrieron!
La crueldad seguir que me amenaza
ya es casi triunfo para mi.

Emon. ¿Que dices?

¡Oh espectáculo atroz! — Si antes no cesaba
tu fiel Emon el postrimer aliento
tu muerte en vano y tu ignominia fraguan.—
Mas tal vez la esperanza de mi padre
pudieramos burlar sin que tu fama
ni en un punto se ofenda.

Antígona.

A los tiranos
confundes mi valor; no los engañe.
A mi desprecio la piedad paterna
pudo solo inducirme á la falacia;
mas por salvar la vida ¡ah! no; no esperes
que á tanta mengua Antígona se abata.

Emon.

Suspende al menos tu conato fiero.
Nada indigno de ti mi amor demanda;
mas si puedes con leve sacrificio
mitigar tu rodon y mi infamia

Vivir lejos de aquí, ¿contra ti misma
serás—y contra Emon tan inhumana?

Antígona.

No es inhumanidad; no, Emon. Perdona.—
No me es dado rendirme á tus instancias.
Hija de Edipo soy. De tí me duelo;
mas....

Emón.

Lo sé. Amar la vida por mi causa
no puedes tú;—ni yo merezco tanto;
mas de la muerte á la sangrienta garra
puedo arrancarte, ó perecer contigo.—
¡Ah! No en los reynos de Plutón descansan
todas las prendas de tu amor felices.
Aun conservan la vida, bien que amarga,
Edipo, Argia, el inocente niño
último resto de su estirpe clara;
imagen de aquel mismo Polinices
por quien tan tiernas lágrimas derramas.
¿Dulce no te será ver algun dia
sobre sus sienes la diadema sacra,
ya inútil para tí?—Finge á mi padre
que mis ardientes súplicas te ablandan:
finge que á ser mi esposa te resignas
ó al duelo acerbo que tu pecho vasga
en premio un breve término concede.
Yo de la dulce oferta inesperada
me finjiré contento. De mi padre
yo aplacaré la ira sanguinaria,
y no me negará gracia tan leve.

Ayuntamiento de Madrid

Tal vez en tanto de opresion tirana
tu salvacion no en vano al tiempo fio.
¿Creés tu que Adrasto poderoso en armas
á su hija entre cadenas abandone?
Cuando menos se piensa nos depara
la suerte un defensor. — Vive, te ruego;
no para mi; para tu triste hermana;
para tu padre mísero, que el hado
á consolarle en su vejez te guarda.
De ellos, sino de ti, piedad te mueva.
¡Infelices si tu los desamparas!
¡Vive! Llorando Emon te lo suplica,
y tus rodillas desolado abraza.

Antigona.

¡Cruel!, levanta. — ¡Oh numenes! Ahora
que armarme de virtud y de constancia
cual jamas necesito, no conmueva
el corazon de Antigona con blandas
lágrimas amorosas. ¡Ah! si es tanto
sobre mi tu poder, salva mi fama.

Emon.

¡Ay mísero!

Antigona.

¿Que vale mi ecsistencia
si á ti me niega el cielo consagrarla? —
¡Ah! Por piedad, de mi dolor profundo
ignore yo la verdadera causa. —
Si esposa tuya fuese, aunque fingida,
¿que diria la Grecia horrorizada?
Mi padre, por quien solo sin vileza
vivir pudiera en desventura tanta,

Ayuntamiento de Madrid

¿Que diría? Si el duelo y el oprobio
ya no le abrieron la infernal morada,
punal sería tan horrible nueva
que el corazon paterno desgarrára. —
¡Jamas, oh padre, te verán mis ojos!
¡Harto lo sé! Mas de tu prole infausta
yo sola al menos moriré inocente.

Emon.

Tiemblo de oirte; y fuerza sobrehumana
que tu heroica virtud loar me ordena
el anelo me inspira de imitarla.
¡Mas de forte morir! — Si no me odias,
benigna acoge mi última plegaria.
A tu lado estaré; y el golpe aleve
antes al mio que á tu seno caya.

Antigona.

Vive, Emon. — Te lo mando. ¡Ay! En nosotros
tanta culpa es amarnos, que espiarla
debo yo con la muerte; y tu viviendo.

Emon.

La última prueba aventurar me falta. —
Padre cruel, usurpador tirano,
por ti mi pecho en cólera se inflama.
¡Ay si sucede á la filial ternura
ella desesperacion!

Antigona.

¡Cielo! ¿Que tramas?
¡A tu padre rebelde! — Te aborrezco,
ó tu designio atroz del pecho lanza.

Emon.

¿Nada le hará ceder?

Antigona.

¡Tu no has sido! —

Ayuntamiento de Madrid

Ya.... nada.

Emon.

Inexorable te preparas

Antígona.

A no verte jamas.

Emon.

Ponte, lo juro,

me volverás á ver.

Antígona.

¡Ay desdichada!—

Oye.—¿Que vá á hacer?

Emon.

A tu despecho

libertarte, ó morir.

Escena IV.

Antígona y Guardias.

Antígona.

Emon! Aguarda....

¡Mísera! No me oye.—El Rey peligra.

Corred: llevadme á su presencia, Guardias.

Ayuntamiento de Madrid

Acto cuarto.

Escena I.

Antígona, Creon y Guardias.

Creón.

¿Has elegido ya?

Antígona.

Sí.

Creon.

¿Cuál?

Antígona.

La muerte.

Creon.

Morirás. — Pero á vista del peligro,
cuando sobre tu cuello el hacha penda;
si te arrepientes del feral designio,
tarde será. Tal vez el vano horrendo
de la muerte cruel que te aperciba
mal sostendrás de cerca; mal las ayes
de Argía, si veraz es tu cariño;
que ella tambien fenecerá á tus lados,
y la ocasion serás de su suplicio.
Reflexiona: aún es tiempo. — ¿No respondes?
En mí vuelve de cólera encendido
clavar los ojos sin pavor te veo. —
¡Soberbia! Sufrirás pronto el castigo

Ayuntamiento de Madrid

que callando me pides. Ya me pesa
haberte dado la eleccion yo mismo
entre tu muerte y la vergüenza mia.

Antigona.

Obra; y calla.

Creón.

Bien puedes á tu arbitrio
de varonil denuedo hacer alarde.
Se verá á donde alcanza tu heroísmo.—
Aun no es llegado tu postrer momento;
mas yo por complacerte le anticipo,
pues desprecias la vida.—Eurimedonte,
conducela al cadalso prevenido.

Escena II.

Antigona, Emon, Creón y Guardias.

Emon.

¿Al cadalso?—Detente.

Antigona.

¡Oh vista!—Guardias,
obedeced: llevadme: os lo suplico.—
Emon, déjame.....¡ó Dios!

Emon.

Venid, cobardes;
á arrancarla venid del lado mio.

Creon.

¡Que! ¿Tú las amenazas á mis ojos?

Emon.

¿Así cumples Creón lo prometido?

Creón.

Apresuran su muerte ella desea:
á tanto suplicar al fin me rindo.

Ayuntamiento de Madrid

Emón.

Oye, oh padre. — ¿lo ignoras? ¡Desdichado!
Te obstinas en correr al precipicio.
Teseo, el rey de Atenas, aquel héroe
vá á penetrar furioso en tus dominios
vengador de los griegos insepultos.
Con llanto amargo y fúnebres gemidos
su brazo victorioso reclamaron
las infelices viudas. Compasivo
oyó sus ruegos, y juró entregarlas
las urnas de los mísero argivos.
¡Oh padre!, considera que Teseo
nunca en vano juró. Del enemigo
preven la indignacion y tu ignominia.
No que te rindas al temor ecsijo;
mas ten piedad dela afligida Tebas.
Luce apenas el astro en su recinto
de la paz alagüena; y aunque oirán
por ti las armas empuñar sus hijos,
¿que fué delos valientes? Tu lo sabes:
yace en sangriento lecho semivivo
quien no yace cadaver en el campo.

Creón.

¿Y acaso en vano yo la espada ciño?
¿A que un riesgo lejano ponderarme
que quizá ecsiste solo en tu delirio?
Aun Teseo, aquel héroe, á mis las urnas
de los valientes de Argos no ha pedido;—
oi yo á darlas me opongo. Sus deseos
acaso preveendré. — Vive tranquilo.
Tebas está segura. — Deja ahora

Ayuntamiento de Madrid

que se cumpla de Antígona el destino.

Emón.

¿Quieres perder á Emón? — Vé un solo dia,
lo juro por los dioses del Olimpo,
sobrevivirla me verás. — ¡Ah! Tiembla.
Poco será, Creón, perder un hijo:
mil riesgos inminentes te circundan.
Ya derogado tu decreto impio
absuelta queda Antígona, y declaras
que solo á ella el lazo fementido
tendió tu iniquidad. ¡Fue! ¿Los tebanos
verán morir sobre el cadalso indigno
á la adorada hija de sus reyes?
No lo creas. Primero vengativos....

Creón.

Basta. Pues tu lo pides, los tebanos
á quien de tantos reyes ha nacido
morir sobre un patíbulo no vean. —
Soldados, cuando el sol cumpla su giro
la llevareis al campo dó insepulto
yazca tanto guerrero esclarecido.
Puesto que el gran Tesco me lo ordena,
delhoy mas á nadie el túmulo prohibo. —
Viva la sepultad.

Emón.

¡Que escucho? ¡Oh dioses!
¡Y no se abre á tus plantas el abismo! — que
Primero han de correr mares de sangre
que yo subra ese crimen inaudito.

Antígona.

Emon, es padre tuyo, aunque inhumano.

Ayuntamiento de Madrid

¿Quieres hacerte de mi amor indigno?
¿No fui yo por los dioses condenada
á horrenda fin desde el oriente mio?
Por prolongada y bárbara que sea,
dulce será la muerte á mi conflicto.

Creon.

En vano, Emón, mi voluntad resistes.
Evitar no te es dado su exterminio;—
y me haces infeliz.

Emón.

Tu lo mereces;
y lo serás: si; te lo juro, y ~~unicamente~~ digo.
Los deberes de rey, de padre, de hombre
condena tu ambicion á eterno olvido.—
¡Oh! Cuando mas inmovil lo imaginas—
mas vacilar bajo tus plantas miro
el usurpado trono. Los tebanos
hasta de ti distinguen á tu hijo.
Con solo una señal puede arrancarte
el cetro que tu mano ha envilecido.—
Reyna: no la dejaré; mas sin vergüenza
no bajará tu víctima al estigio.

Antigona.

Creon, no le oigas. Mándame á la muerte.—
¡Fatal poder de mi cruel destino!
¡La desventura solo me faltaba
de ser yo móvil al furor impío
del hijo contra el padre!

Emón.

A mi me escucha;
á mi, Creon. Del ateniense invicto
no te muevan las armas formidables,
ni de tu pueblo el murmurar continuo.

Ayuntamiento de Madrid

La voz desesperada en son terrible
baje á tu corazon empedernido
de Emon; del que te debe la ecsistencia, —
y hacerte arrepentir pudiera hoy mismo
de tu funesto don.

Creón.

No hay en el mundo
voz que me imponga leyes.

Antigona.

¡Oh martirio!

No falta quien á las tiranas puede
~~Hay un acero que las tuyas~~
con gloria atropellar.

Creon.

¿Cual es?

Emon

Yo ~~el~~ mismo.

Creón.

¡Perfido!, á tu placer subleva el reyno,
y une á la rebelion el parricidio.
Siempre seré tu padre. Castigarte
cual mereces, cruel, no está en mi arbitrio:
solo sé amarte; y tierno, bondadoso
compadecer tu ciego desvario.
Yo por tu bien, ingrato, me desvelo.
¡Y un, mal pagado, criminal cariño
á la razon de estado tu antepones!;
¡de la naturaleza al hondo grito!

Emón.

¿Tu los derechos de la sangre invocas? —
No me amas, no: tu injusto poderío
quieres solo afianzar. — Ningun derecho
sagrado debe ser al que ha nacido
del perfido Creon. Maestro, norma
de crueldad y de infames artificios

Ayuntamiento de Madrid

era tu prueba mi.— Sabré vencerte;
y, si á tanto me fuerzas, te lo afirmo,
te excederé tal vez. ¿Acaso basta
esa razon de estado que abomino
á autorizar iniquidad tan negra?
~~Si así mostrais tu amor para conmigo,~~
~~¡guarde yo que una prueba semejante~~
~~del mio no le dé!~~ Si me estravio
por tu causa una vez; si el freno rompo,...
no responde de mi. Vasto camino
abre un delito á mil.— Harto lo sabes.

Antígona.

Verás mi amor en ódio convertido
si no te humillas al paterno yugo.
Antes que yo reynase en tu albedrio
hijo eras de Creon: nudo sagrado,
indisoluble, eterno, y el mas digno,
el primero de todos. Considera
que yo por él mi vida sacrifico.
Emon, el cielo sabe si te amo;
y á rehusar tu mano me resigno
por no irritar á las insultas sombras
que sangre mia son. La muerte elijo,
la muerte imploro porque infame mancha
de mi no llegue al infeliz Edipo.
Tu, que vivir mereces, Emon, vive
de padre criminal hijo sumiso.

Creon.

Mas que su furia tu piedad me irrita.—
Alejada de aquí.— Llevadla, os digo.—
El sublevar á Emon he aspado basta.
No debo espirar el término prescrito

Ayuntamiento de Madrid

dadla en el campo tumba antes que muerte.

Escena III.

Emón, Créon y Guardias.

Emón.

No será de tu saña vil ludibrio
su inefable virtud: yo te lo juro.

Creón.

Emón no pagará mis beneficios
con vil ingratitud. Tus amenazas
pudiera prevenir; pero benigno
alta prueba te doy de mi ternura
cuando en tu noble corazon confio
y en tu virtud primera.

Emón.

Yo te ofrezco
de mi primer virtud mostrarme digno.

Escena IV.

Creon, y Guardias.

Creón.

Su generosa índole conozco.
Con mi confianza su furor mitigo.—
Mas pudiera arrastrarle á la violencia
de su indomable amor el incentivo.—
Sus pasos eludir, romper me es facil.
Consumad de Antigona el suplicio;
al imprudente Emon ganar de nuevo,
asegurar la paz de mis dominios
leve será despues, y de la plebe
acallar el murmullo subversivo.—
¿Mas de Argia que haré?— Guardias, parezca

á mis ojos Argía. — A mis designios
no conviene su muerte: antes la sangre
aplacar de su padre necesito;
que en mi daño sin él hartos conspiran. —
Restituirla quiero al patrio asilo.
El alagüeño don inesperado
á Adrasto calmará de regocijo,
y en gran parte á mi nombre disminuyo
la fama de cruel y vengativo.

Escena V.

Argía, Creon y Guardias.

Creon.

Oyeme, Argía: conyugal ternura,
veras dolor tu pecho ha conducido
donde ciego no hubieras mi decreto
tu sola quebrantar.

Argía.

¿Quien te lo ha dicho?
Yo sola....

Creon.

Sí: le hubieras quebrantado
por amor, por piedad, no con designio
de hacer ultrajes á mi poder supremo,
de rebelar mi pueblo. Yo distingo
los nobles sentimientos elevados
de la traicion que á veces el cuchillo
bajo el velo de amor sagaz oculta.
No tan criminal soy como has creido. —
Sus cadenas romped. — Eres ya libre.
Las sombras de la noche, cuyo ausilio
á Tebas te condujo, hoy á los brazos

de tu padre te vuelvan.

Argía.

Los arguros
mi eterno á Dios oyeron. De mi esposo
yacen en Tebas sobre el suelo frio
las últimas reliquias: muerta ó viva
por siempre mi mansion en Tebas fijo.

Creón.

¿Renuncias á la patria; y á tu padre;
y al tierno fruto de tu fiel cariño?

Argía.

De mi adorado esposo las cenizas
abandonar no puedo.

—Creon.

Compasivo
las oyo á tu dolor. El dulce peso
al paternal hogar lleva contigo,
y allí tumba le cierre que transmita
tu amor inmenso á los futuros siglos.

Argía.

¿De donde tu clemencia inesperada?
Tu corazon no ha mucho era de risco

Creon.

La saña me cegaba; mas no siempre
á su tirano yugo me esclavizo;
que la razon y el tiempo la combaten.

Argía.

¡Concédante los Cúmenes propicios
largo y feliz imperio! ¿Será cierto?
Ya tu nombre irritado no maldigo.
¡Que goze para Limon y para Tebas!
Movió tu corazon nuestro conflicto.
Ya la piedad no es crimen á tus ojos;

y perdonas.... Creon.
A Argia.
Argia
¿Que! ¿Benigno
serás conmigo ahora? ¿No perdonas
á Antígona tambien?
Creon.
Yo su delito
confundo con tu error.
Argia.
¡Ay! ¿En cadenas
aún gime?
Creon.
Hablarme de ella te prohibo. —
Prepárate á partir.
Argia.
Partir? ¡Oh cielos!
¿A mi hermana dejar en el peligro?
Yo tu perdon agradecer pudiera
si alcanzase á las dos. Al cruel filo
talvez no tarde en humillar la frente. —
¡Ah! de tu impia saña los ministros
tambien se hartan en la sangre mia.
Creon.
A tu esposo la pira has encendido
contra mi voluntad; y yo te absuelvo:
dar en tu patria funeral abrigo
á su helada ceniza deseabas;
y Creon no la niega á tu conflicto.
¿Que mas pretendes tu? — ¿De mi conducta
debo darte razon?
Argia.
No, — mas te pido
una gracia.
Creon.
¿Cual es?
Argia.
Ver á mi hermana

Ayuntamiento de Madrid

por la postrera vez. Solo este alivio...

Creon.

No la verás. — ¿Deseas que te infunda
nuevo rencor su corazon altivo? —
No bien sea la noche, sino aceptas
la dulce libertad con que te brinda,
te alejarán de Tebas mis soldados.

Argía.

Tu perdon es mas duro que el suplicio.
¿Porque á mi, solo á mi, la muerte niegas?
Si no me arrancas el postrer suspiro,
no es porque horror te de nadar en sangre. —
¿Para inmolarme á tu furor inicuo
soy yo menos que Antígona inocente?

Creon.

Véate yo partir; y no averiguo
si beneficio ó pena lo reputas. —
Soldados, á vosotros la confio.
Cuando el sol en el piélago se oculte
llevadla hasta el confin de los argivos. —
Vuelva en tanto á su cárcel.

Argía.

¡Cruel! oye. —
Ten piedad....

Creon.

Alejadla.

Ayuntamiento de Madrid

Escena VI.

Creón.

Insano ópio
me manifieste yo, ¿todos audaces
y rebeldes serán? — Si antes no espiro,
no triunfarán de mí. Baxo mi imperio
temblar y obedecer es su destino.

Ayuntamiento de Madrid

Acto quinto.

Escena I.

Antígona entre Guardias.

Antígona.

Volad. Con lento paso no conviene
á mí que de esta vida que aborrezco
toco á la ansiada meta. ¿Por ventura
sentís piedad de mí? — Tu rostro veo,
terrible muerte, de pavor exenta.
Solo de Argia mísera me duelo. —
¿Quién de vosotros su destino sabe? —
¿ninguno? ¡Ah! Desde el alto firmamento
velad por ella, numenes benignos;
y libre vuelva de su padre al seno. —
Vamos.

Escena II.

Antígona y Argia entre Guardias.

Argia.

¿Porque de Tebas arrancarme?
Esta urna, es verdad, conmigo llevo,
dulce ocasion de mi afanoso llanto;
mas ¡oh fiereza! ni el á Dios postrero

Ayuntamiento de Madrid

dar á mi fiel hermana....

Antígona.

¿En mis oidos
que voz resuena?

Argía.

¡Oh Jupiter! ¿Que veo?

Antígona.

¡Argía!

Argía.

¡Hermana! ¡Oh gozo inesperado! —
Mas ¡ay! cargada de afrentosos hierros....

Antígona.

¿A donde te conducen?

Argía.

A mi patria. —
Creon ha sido mármol á mis ruegos.

Antígona.

¡Oh! Ya respiro.

Argía.

Por tan vil me tiene
que libertad me dá.

Antígona.

Guardias, si os resta
conservais de piedad, breves instantes
del ádios de amargura concedednos. —
Ven: abrázame, Argía. Las horribles
cadenas que me agovian á mi pecho
me vedan estrecharte. — ¿Mas que prenda
ciñen tus brazos? ¡Una urna, Cielos! —
¡Oh de mi hermano fúnebres cenizas!
¡Dulce tesoro y ála por funesto!

Ayuntamiento de Madrid

Tu eres; si, tu eres. — A mis labios
la urna acerca. — ¡Oh júbilo! ¡Oh consuelo!
¡Dichosa yo que próxima á la muerte
con mis ardientes lágrimas te riego!
No lo esperaba, Polinices mio.
Recibe de mi amor el llanto estremo. —
Argia, harto benigno fue el tirano
pues acordó por fin á tus lamentos
tan alto don. ¡Ah! Vuelve á tus hogares,
vuelve con planta rápida, y los restos
de tu adorado esposo á Adrasto lleva.
Vive á ser de tu padre el embeleso;
vive á gozar las plácidas caricias
del fruto de tu amor, y al bien supremo
de honrar sus canas, con tu llanto.
Vive; — y á tu — dolor — algun — recuerdo —
la infortunada — Antigona — merezca.

Argia.

El corazon — me rasgan — tus acentos. —
¡Vivir yo; — y tu — á la muerte....

Antigona.

Si muerte horrible
me ha condenado el opresor sangriento.
El campo donde anoche nuestras manos
la pira á Polinices encendieron
mi tumba debe ser. Viva el impío
me mande sepultar.

Argia.

¡Oh del averno
monstruo fiero!

Antigona.

A mis suplicios dije

la negra noche porque teme al pueblo.—
¡Ah! Pon freno á tus lágrimas, Argia,
y huye de mi. De abominable incesto
así fenece en mi la aciaga prole.
¡Oh si crímenes tantos, tan horrendos
alcanzase á ecspiar mi larga muerte!

Argia.

Contigo, hermana, dividirla quiero.
Tu inaudito valor redobla el mio.—
Menor tal vez de Antígona el tormento
será al lado de Argia.

Antígona.

¡Ah! ¿Que pronuncias?
Mil veces mas atroz.

Argia.

Juntas muriendo
el nombre proferir de Polinices
en el estrecho túmulo podremos;
ecsortarnos;— llorar.—

Antígona.

¡Cruel! ¿Mi rostro
porque bañar en lágrimas de nuevo?—
Sin ti á la muerte impávida corria.

Argia.

¡Misera yo que ni salvarte puedo
ni contigo morir!

Antígona.

Vive. No eres
hija de Edipo tu; ni arde tu pecho
en ecsecrable amor cual arde el mio:
no amas al hijo tu del tigre fiero
que esterminó tu raza.— He aqui mi crimen.

Ayuntamiento de Madrid

— Yo sola en Tebas espiarte debo. —
Emon, todo el amor que me inspiraste
en mi angustiado corazon conservo,
y el amargo dolor llevo á la tumba
de sumergido al espirar te dejo. —
¡Adios, mi único bien! ¡Adios, Argía!
Allá en la inmensa eternidad te espero.

Escena III.

Antigona, Argía, Creon y Guardias.

Creon.

Soldados, que os detiene? ¿Aun en mi alcazar
Antigona respira á mi despecho? —
¡Oh! — ¡Y Argía con ella! — ¿Quien ha osado

Antigona.

Menos crudos que tu nos concedieron
breve espacio á la eterna despedida.
Nuestra union al acaso la debemos.
No te irrites, Creon. Llevadme, Guardias.
Humilde á mi destino me someto. —
Eres benigno y justo conservando
la vida de mi hermana.

Argía.

¡Ah! no. — Mi anhelo
es seguirte al sepulcro.

Antigona.

¡Huye; no lance
de su alma la piedad!

Creon.

Salga primero
de la ciudad Argía.

Argía.

— Desgraciados...!

Antígona.

Dame el último abrazo.

Creón.

¿Mi precepto
porque no obedeceis? Llevadla pronto.—
Arrancadla de aquí.

Argía.

Vengadme, cielos!

Antígona.

¡A dios por siempre; á dios!

Escena IV.

Antígona, Creon y Guardias.

Creón.

Al campo abierto
Vosotros.... No.— Esperad.— Oyeme, Ypséo. (1)—
Apartadla de mi.

Antígona.

Guiá tu encono
ya inventó para mi mayor tormento;
mas serán tus ministros cuan ufana
de mi virtud al tártaro diciendo.
Con la muerte te acaba mi suplicio:—
El tuyo,—¡ah! tiembla;— el tuyo será eterno.

Escena V.

Creón.

¡Inspiracion feliz!— Así no queda

(1) Le habla por breve espacio al oído.

Ayuntamiento de Madrid

á aleve sedicion ninguen pretesto.—
Mil veces de la Plebe á la osadia
seductora piedad sirvió de velo.—
Temerla debo; y mas cuando rebelde
Emon la instiga á sacudir el freno.—
Debil es el poder de un soberano
si no se apoya en el amor del pueblo.
Asi que tanta dicha el hado niega
la prevision valor y el ardimiento,
cerca un golpe el ídolo del vulgo,
y su esperanza y su furor á un tiempo.—
Mas súbito fulgor de gente armada....
¿Que miro? Emon la guia.— No me aterro.
¡Venganza morir.

Escena ultima.

Emón, Creon y soldados de Emon. (1)

Creon.

¡Hijo! Emón. ¿Que dices?
No tengo padre yo. Resuelto vengo
á destruir tus leyes sanguinarias.—
No temas por tu vida. Juez severo
de tus obras será Jupiter santo.
Parricida no soy. El justo anelo
de evitar nuevos crímenes á Tebas
arma mi diestra del terrible acero.

Creon.

¿Contra tu rey; contra tu padre? ¡Insano!

(1) Armados y con antorchas encendidas.

Ayuntamiento de Madrid

Para evitar delitos ¿otro medio
que corromper mis súbditos no encuentras?
Desconocido Emon, y al padre tierno
caro mal de tu grado, ¿que maquinas?
¿Que ecsijes de Creon? — ¿Acaso el cetro?

Emón.

Reyna, y tu vida mísera prolonga.
No quiero nada tuyo; mas defiendo
á la opresa inocencia, y esta espada
de tus cadenas el infame peso
juró arrancar á Antigona y á Argia.

Creon.

Para salvar á quien salvé yo mesmo,
¡pérfido!, ¿empuñas tu la espada aleve? —
Libre es Argia, y al hogar paterno
camina ya veloz.

Emón.

¿Mas cual ha sido
el destino de Antígona?

Creón.

Del negro
hórrido calabozo en que gemía
salió tambien no ha mucho.

Emón.

Verla quiero.
¿A donde tus satélites la llevan?
Dilo pronto.

Creón.

¿No es otro tu deseo?

Emón.

¿A que telo pregunto? — En este alcazar,
bien que no mio, yo por brebe tiempo
puedo y quiero dar leyes á mi arbitrio. —

Ayuntamiento de Madrid

Seguid mi huella, intrépidos guerreros.
A la ~~virgen~~ Grandeza real gloria de Tebas;
á la adorable Antigona salvemos.

Creón.

¿A que te han de seguir? Tu solo bastas.
¿Quién osará oponerse á tu denuedo?
Vé alli la puerta que al lugar conduce
dó verás de tu amor al dulce objeto.
Entra; y á tu placer manda, aniquila.—
Yo, resignado á tanto vilipendio,
en medio á tus secuaces valerosos,
ínclito protector, tu triunfo espero.

Emón.

Verás si basto yo....

Creón.

¿Que aguardas? Abre.. (1)

Emón.

¡Que miro, oh dioses!—¡El cadaver—yerto—
de Antigona.—¡Oh tirano aborrecible!

Creón.

Asi abato el orgullo. Asi sostengo
las leyes que dicté y á un hijo ingrato
á respetar mi autoridad enseño.

Emón.

¿Yo respetarte? ~~¡Perfido!~~ Mi espada

(1) Emon Abre la gran puerta que habrá en el fondo; y se descubre el cadaver de Antigona.

Ayuntamiento de Madrid

en tus ~~[illegible]~~ crueles entrañas.....—(1) ¡No!— Yo muero.

Creón.

¿Que haces, Emon? ¡Oh cielo!

Emón.

¿Ahora sientes
tarda piedad de mi? Yo la detesto.
Si funestar mi muerte no deseas,
aléjate de mi. ~~¡Tigre!~~ Te vuelvo—
la sangre— que me diste—. ¡Sangre horrible!
¡Afortunado yo que al fin te vierto!

Creón.

¡Hijo! Los altos númenes lo saben;
jamas, jamas creí que amor funesto
contra ti mismo...

Emón.

Cesa. No mis dias
acabe yo — los tuyos— maldiciendo.—

---

(1) Se arroja á su padre con la espada; mas la convierte rápidamente á su pecho, y cae moribundo en los brazos de sus parciales.

Ayuntamiento de Madrid

¡Cruel! Te amé - cual hijo; - y nunca - fuiste -
padre tu - para mí.

Creón.

¡Emon!

Emón.

De hoy
al terror, - á la angustia - abandonado, -
y á terrible - eternal - remordimiento. -
A Antígona acercadme, - amigos - fieles; -
y lance - Emón - su espíritu, - ó lo menos -
al lado - de su amor.

Creón.

¡Ah! no. Mis brazos....

Emón.

Ola espada - otra vez - hunde en mi pecho;
ó sufre - que me alejen - de tu vista. (1)

Creón. (2)

¡Oh cruel golpe! ¡Oh doloroso ejemplo

---

(1) Parte lentamente ayudado de los suyos hacia el cuerpo de Antígona.
(2) Sin atreverse á mirar á Emon.

Ayuntamiento de Madrid

de la celeste cólera tremenda!—
Por la primera vez yo lloro,... y tiemblo. (1)

Fin.

(1) Dirige la vista como involuntariamente á su hijo, y horrorizada le cubre el rostro.
Cáe el telon.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

1200023466

Ayuntamiento de Madrid